

## BIBLIOGRAFIA

ARREGUI (ANTONIO M.<sup>a</sup>).—*Summarium theologiae moralis ad recentem codicem iuris canonici accomodatum*.—Editio 14.<sup>a</sup> Bilbao, 1942.

El *Summarium theologiae moralis*, del R. P. Arregui, S. I., es sobradamente conocido de nuestros lectores. Casi le haríamos una injuria con presentarlo. La que anunciamos en estas líneas es la edición décimocuarta, cuyos 11.000 ejemplares, sumados a los de las que le precedieron, ponen a disposición del público el 150 millar a los veinticuatro años de publicarse el manual. Es su mejor elogio.

La presente edición es reproducción fiel de las anteriores. Como en aquéllas, el autor ha tenido cuidado de recoger algunas de las últimas resoluciones dadas por las Congregaciones romanas. A esto se reducen todas las innovaciones. Aun dentro de esta línea tan sólo, hubieran podido ser algo más numerosas; así, por ejemplo, nos parece de interés general una alusión a las normas dictadas sobre la custodia de la Santísima Eucaristía y a la instrucción reservada sobre la comunión habitual y casi general en seminarios y colegios. Sin embargo, no las hemos encontrado en los nn. 553 y 548, que son los que deberían recogerlas.

Al decir que la presente edición es una reproducción fiel de las anteriores, además de haber elogiado su presentación tipográfica, esmeradísima, hemos alabado una vez más el orden, la claridad, la precisión y equilibrio característicos de este *sumario*, a nuestro juicio el más completo y el primero entre los de su género, que se van multiplicando en otros países, pero sin superarle. Por lo mismo, sería de desear algún cuidado mayor en mantenerlo al día, haciéndose eco de algunas tendencias laudables entre los modernos, y remozando las citas de los autores. (De Noldin y Prümmer, v. gr., siguen citándose las ediciones décimotercera y primera, respectivamente, cuando hoy manejamos la vigésimoséptima del primero y la novena del segundo.) Pero esto no quita nada al mérito sustancial de este precioso *sumario*.

M. ZALBA

J. DE GHELLINCK, S. I.—*Litterature latine au Moyen Âge*, t. I-II (*Bibliothèque Catholique des Sciences religieuses*, 85-86).—París, Bloud et Gay, 1939; 2 vols. en 12; 191 y 192 págs.

Aun dentro de su carácter, preferentemente de alta vulgarización, la *Biblioteca Católica de Ciencias religiosas* contiene volúmenes de subido valor científico. Sirva de ejemplo el precioso volumen del Padre M. Viller, *La spiritualité des premiers siècles chrétiens*. Análoga apreciación merece la historia cuyo título encabeza estas líneas. Obra

breve en apariencia, pero rica en densidad de contenido. Fruto de vastas lecturas, y al mismo tiempo de criterio extraordinariamente certero y exacto, ofrece al hombre de ciencia un juicio seguro y sintético en este dilatado sector de la historia literaria.

Por testimonio del mismo autor, su propósito ha sido «trazar algunos grandes rasgos, agrupar un cierto número de autores, obras y hechos, fijar algunos jalones para trabajos ulteriores» (I, 5). Pero se muestra excesivamente modesto cuando califica a su obra de «modesto ensayo». Desprovisto el libro de todo aparato de notas y de erudición bibliográfica al pie de las páginas, no por eso arguye que a su elaboración no haya precedido un complicado andamiaje de búsquedas y de consultas. Su valor interno está proclamando a voces lo contrario. La madurez y seguridad de juicio en sus síntesis está delatando la lectura directa de los autores medievales; la atención a los problemas históricoliterarios que esos estudios suscitan en nuestros días, acusa al historiador especializado en la transmisión de las corrientes doctrinales y filológicas.

Tres períodos abarca el cuerpo delimitado en estos dos volúmenes: el período de los «fundadores» (siglos VI-VIII), el carolingio y las proximidades del siglo XII. Un tercer volumen, ahora en preparación, llegará hasta el humanismo del Renacimiento.

La realización del intento no pudo ser más colmada y generosa. Exposición analítica y sintética a la vez, sin ofrecer una galería escueta de figuras ni un catálogo descarnado de nombres, contiene la historia rápida y densa de escuelas, géneros literarios y principales características. No faltan aportaciones de documentación precisa y acertada, rasgos fisonómicos que retratan maravillosamente a un personaje; puntos de vista y perspectivas de gran interés y sugestión.

Véase un ejemplo: «Agustín..., el iniciador del pensamiento teológico sobre la Trinidad, el pecado y la gracia, la Iglesia y los Sacramentos; el iniciador, asimismo, de la concepción providencialista de la historia y de la ciudad cristiana de este mundo; el guía de la piedad basada en una humildad consciente de la miseria humana; el psicólogo penetrante del yo religioso y humano, universal a través de las edades; el educador de la catequesis pastoral, al mismo tiempo que refinado estilista hasta en sus elevaciones religiosas y místicas, en que se deleitará la Edad Media» (1, 14).

Por lo que toca a la ciencia española, el autor hace justicia a la obra enciclopédica de San Isidoro de Sevilla, entre los «fundadores»; a la formulación teológica, precisa y definitiva, de los concilios de Toledo; a las preocupaciones literarias de los mozárabes del siglo IX, etcétera. Una errata ha desfigurado el título del *Documentum martyriale* de San Eulogio (I, 131); tal vez, después de los trabajos de Gómez Moreno y Sánchez Albornoz, parezca algo absoluta la frase de que la Crónica de 672-866 sea «falsamente atribuida a Alfonso III» (I, 130).

Sabemos que la obra ha sido solicitada por Alemania para la traducción. El tercer volumen ofrecerá los índices necesarios para el rápido manejo del libro. ¡Ojalá que una mano experta enriquecerá esta publicación con las referencias a fuentes y literatura correspondientes a cada punto, como lo hizo el P. K. Rahner con el volumen, arriba indicado, del P. Viller! Así se apreciaría más fácilmente la riqueza de erudición y de ciencia que en tan breve espacio se encierra.

JOSÉ MADÓZ, S. I.—*Epistolario de San Braulio de Zaragoza*.—Edición crítica, según el códice 22 del Archivo Capitular de León, con una introducción histórica y un comentario. Madrid, 1941. 244 págs.

EL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS, al tomar bajo su protección oficial a otras entidades particulares, merece nuestros aplausos, porque es una manera de promover eficazmente la ciencia española. Así, la Colección ESTUDIOS ONIENSES, que dirigen los Padres Jesuitas del Colegio Máximo de Oña, empieza con este volumen a prestar su colaboración en la BIBLIOTECA DE ANTIGUOS ESCRITORES CRISTIANOS ESPAÑOLES, emprendida por el «Instituto Francisco Suárez».

Hacia falta que del interesante Epistolario de San Braulio se hiciese una edición crítica, exacta, ilustrada con notas, ya que la de Risco, publicada en el tomo XXX de la «España Sagrada», no cumple con estas condiciones. Nadie mejor preparado para ello que el Padre Madoz, versadísimo en Patrología y especializado en la época visigótica. Su erudición patristica, filológica y literaria salta a la vista de quien recorra las abundantes notas que adornan y cimentan esta edición. Van precedidas las cartas de una Introducción, en la que nada se escapa a la investigación sagaz, paciente y sólida del Padre Madoz. Consta de cinco capítulos. I. *Braulio de Zaragoza*: se reconstruye hábilmente la biografía del Santo y se dan noticias sobre su familia, su formación literaria, etc. Siguiendo a Dom Lambert, se le hace oriundo, probablemente, de Gerona. No nos convence el argumento de las alusiones marítimas, ya que todas ellas nos parecen puramente literarias, propias de quien ha imaginado, pero no visto de cerca el mar; ningún detalle, ningún rasgo concreto y realista. II. *Epistolario*: analiza el códice legionense del siglo IX, en minúscula visigótica, procedente del sur de España (ex Spania), códice que sirve de base a la edición. IV. *Estilo y características del Epistolario*: nos patentiza que San Braulio conocía perfectamente el epistolario de San Jerónimo y le tomaba infinitas expresiones, que el Padre Madoz puntualiza con la mayor exactitud en las notas correspondientes. III. *Cronología*: capítulo difícil; pero en estas dificultades es donde triunfa la paciente sagacidad del P. Madoz. Nos hubiera gustado que en el comienzo de cada epístola, o en el breve sumario que pone al pie de la página, hubiera consignado la data probable de cada una. Así nos ahorraría el tener que volver constantemente a la Introducción. Esos mismos sumarios quizá estarían en el encabezamiento, en letra cursiva, mejor que confundidos abajo con las notas. V. *La presente edición*: diremos nosotros de ella que es «cuidadosa y definitiva». Así la califica el P. Pérez de Urbel en «HISPANIA», 1942, 141, añadiendo a continuación que «no es todo lo perfecta que fuera de desear». Le achaca el cambiar alguna palabra del códice—único manuscrito—sin poner a veces en nota la lectura del original, privándonos así de un testigo precioso para el conocimiento de la pronunciación del latín en nuestra alta Edad Media. Pero es de justicia observar que las variantes que echa de menos el P. Pérez de Urbel, y las demás en general, están efectivamente anotadas en el aparato crítico, v. gr.: *eae, eas*, pág. 91; *ferrum*, pág. 97; *libuetit, liberit*, pág. 100. Y las que ahí no se anotan es porque entran en las leyes generales indicadas en la Introducción, págs. 66-67. Allí se expone el procedimiento seguido en la edición, que es ni más ni menos el de *Monumenta Germaniae Historica*, sobre la transcripción, corrección o conservación de variantes características, puntuación, etc. Es cierto que esas normas de las pági-

nas 66-67 podían estar redactadas de una manera más precisa y universal. Y tiene razón el P. Pérez de Urbel al apuntar la errata *intensissima* en lugar de *intentissima* de la epístola 10. En algún otro caso puede ser discutible la conveniencia de anotar o no la variante, pero la diversidad de criterios en ciertas minucias nada significa y puede encontrarse aún en las más perfectas ediciones. Con esto solamente pretendemos desvanecer la idea, que alguien pudiera haberse formado, de que se trataba de una edición un tanto descuidada, como tantas otras que se ven en España. Nada de eso. La presente es honra de la ciencia española. Por algo la acreditadísima «Kirchenväter-Commission der Preussischen Akademie der Wissenschaften» le ha pedido al P. Madoz su nombre para colaborar en la Colección Patristica Berolinense, modelo de ediciones críticas.

R. G. VILLOSLADA

PEDRO M.<sup>a</sup> ABELLÁN, S. I.—*El fin y la significación sacramental del matrimonio desde San Anselmo hasta Guillermo de Auxerre.*— Un vol. de 24 × 17 cms, pp. XXIV + 210. Granada, apartado 32. 1939.

El P. Abellán desarrolla su tesis en este libro, exponiendo su tema con una claridad y abundancia de documentación y bibliografía no muy frecuentes hasta ahora en España. Bien puede ella competir con obras similares del extranjero.

Su primer plan era, como nos dice en el prólogo, estudiar la licitud de la continencia periódica en el matrimonio, a la luz de la primitiva Escolástica. Pero visto el silencio que sobre este tema guardaban los autores, aprovechó la abundancia y complejidad de materiales recogidos en la investigación para examinar la luz que arrojaban sobre la cuestión del fin y significación del matrimonio. No pretende, pues, exhibir una síntesis de *toda* la doctrina de estos autores sobre el matrimonio.

Sabido es que el desenvolvimiento histórico de la Teología de la Escolástica propiamente dicha comienza en la segunda mitad del siglo XI. Por esto el P. Abellán escoge como primer límite cronológico de su investigación a San Anselmo de Cantorbery (1033-1109), a pesar de «su significación (bien reducida) en cuestiones matrimoniales» (p. XXIII). El otro límite lo marca la *Summa aurea*, de Guillermo de Auxerre († 1231), quien, dice el P. Abellán, «es un prólogo valioso a la época del desarrollo definitivo de los grandes escolásticos». Acertada nos parece la elección, pues, como dice Grabmann, «El período creador y constructivo de estos años, que forman la Alta Escolástica, empieza hacia 1230» (*Historia de la Teología católica*, página 72).

En dos partes divide su tesis el P. Abellán, indicadas por la misma materia. En la primera expone el desarrollo histórico, o exposición de la doctrina acerca del fin y significación sacramental del matrimonio, que se saca de los textos que ha podido recoger (buena parte manuscritos, lo cual avalora su mérito) de los diversos autores que ha consultado. Y por ser tanto el material reunido, ha procedido el P. Abellán sistemáticamente agrupándolos en escuelas; y a los que no ha podido comprender en ellas ni en el grupo de canonistas, los ha englobado al principio y al fin bajo los epígrafes «escritores independientes anteriores a 1164» y «Teólogos independientes». Esta parte, naturalmente, es la más extensa. La segunda es una síntesis ideológica, como quien dice el fruto de sus investigaciones, para con-

cretar la doctrina de aquellos autores, a pesar de sus múltiples matices y variantes, sobre el fin y significado sacramental del sacramento del matrimonio.

En la larga serie de notas se ven no sólo las citas de los autores consultados, a veces con el mismo texto transcrito (al principio quizá con excesiva sobriedad), sino también de numerosos trabajos publicados sobre estos autores, que aluden a las discusiones modernas alrededor de la paternidad de ciertos manuscritos o la dependencia mutua de estos autores. Un punto notaremos: El P. Abellán afirma, resumiendo a Pelster (pág. 118), que Grabmann adoptó la opinión que aseguraba ser la Suma de Roberto de Melún anterior a las Sentencias del Maestro (Pedro Lombardo), y cita en confirmación de ello su obra de 1909-11 *Die Geschichte der scholastischen Methode*; mas sostiene lo contrario en *Die Geschichte der katholischen Theologie seit dem Ausgang der Väterzeit*, de 1933 (vers. castell., pág. 56).

Acertadamente observa el autor: «La mayor parte de las construcciones de los teólogos de entonces sobre la vida conyugal se basan en la doctrina de San Agustín» (pág. 171). Y se nos ocurre preguntar: ¿por qué, pues, no nos da al principio un resumen de la doctrina de San Agustín sobre el matrimonio, con citas de sus obras? Sólo nos presenta más adelante un resumen de la doctrina del fin del matrimonio según San Agustín, tomado de Abelardo. Pero al punto nos advierte que es algo confuso el resumen, ni nos añade una aclaración a esta doctrina, que califica de compleja (págs. 60-61).

Nos parece verdaderamente impropia la labor del P. Abellán al internarse en toda aquella selva de manuscritos pertenecientes al período de iniciación, o Escolástica antigua, para ofrecernos el fruto de su investigación en una síntesis de la doctrina de aquellos tiempos sobre el fin y significación sacramental del matrimonio. No hay que negar que la doctrina en conjunto se presenta aún en estado casi como caótico y confuso. Tanto hablar de la institución única o doble del matrimonio, «sin una referencia al matrimonio en cuanto instituido por Cristo como sacramento de la Ley Nueva» (pág. 152); lo cual no quita que, considerando el aspecto sacramental, den al elemento sobrenatural del matrimonio cristiano un desarrollo extraordinario (pág. 167). «El mutuo auxilio entre los cónyuges, puesto en primer lugar, por lo menos de enumeración, por el catecismo del Concilio de Trento, y conmemorado por el Código de Derecho Canónico y por Documentos Pontificios, entre los fines del matrimonio, apenas aparece como tal en la doctrina de los teólogos de este período» (páginas 167-168). «Hugo de San Víctor... es el único escritor encontrado en nuestro estudio que haya puesto como fin principal de la institución divina del matrimonio la unión de amor entre el hombre y la mujer» (pág. 169). «Los teólogos consideran el matrimonio en cuanto es una sociedad específicamente sexual, y sólo o casi sólo esta faceta» (pág. 171). ¡Qué variedad de sentencias sobre el nexo de la concupiscencia de los padres con la transmisión del pecado original en el engendrado! (págs. 180-181). ¡Qué rigidez de opiniones en general acerca de la completa licitud de la unión sexual! (páginas 181-190). Con razón se admira el lector moderno de tanto predominio de las consideraciones sexuales» (pág. XX).

Estas consideraciones nos producen la sensación de que el Padre Abellán se ha quedado a mitad de camino. Nos ha levantado un velo para hacernos ver solamente la primera evolución, y nos hace apetecer la segunda parte del trabajo, que nos promete al concluir su obra. Cuando la publique esperamos nos hará ver el autor con toda claridad «cómo las obras que admiramos en el gran período de la Escolástica, en un Alberto, un Buenaventura o un Tomás de Aquil-

no, son el fruto *maduro* y *perfecto* de una evolución larga y difícil» (página XXII). Nadie más indicado que el P. Abellán para ilustrar la teología sacramentaria del matrimonio con este trabajo de teología positiva.

MANUEL QUERA, S. I.

CARLO GIACON.—*Giuglielmo di Occam. Saggio storico-critico sulla formazione e sulla decadenza della Scolastica*.—Milano, Vita e Pensiero, 1941. 2 vols. en 8.º; XXII-764 págs.

El subtítulo de esta obra, *Ensayo históricocrítico sobre la formación y decadencia de la Escolástica*, hace ya presumir que Guillermo de Occam es en ella ocasión y motivo, sin duda céntrico, para el desarrollo de un tema de mucho más amplias perspectivas que el particular del movimiento nominalista iniciado por aquel filósofo. Occam, el análisis de sus obras y principales doctrinas, se lleva, naturalmente, la mayor y mejor lograda parte de este libro. Pero la atención suscitada por las doctrinas occamistas nunca aparta de la mente del autor aquella intención primera de penetrar hasta sus más hondas raíces en esa evolución trascendental del pensamiento filosófico europeo: el tránsito de la áurea edad de la escolástica, culminante en Santo Tomás, a su decadencia profunda en los albores de la Edad Moderna. La figura de Occam ofrece para ello singulares ventajas. De su crítica implacable de los grandes sistemas escolásticos que le precedieron, no podía recogerse otra herencia sino la bien triste y funesta ruina de toda aquella magnífica arquitectura levantada por sus mayores y maestros. De los escombros surgirá no mucho después una nueva filosofía, la moderna, en franca rebeldía con aquella cristiana visión del mundo que dominó la Edad Media. A Occam, en primer término, cabe la gloria nada envidiable de tan dolorosa cisura de la filosofía occidental.

El P. Giacón pretende descubrir en la historia de la filosofía dos mentalidades dominantes, que escinden el pensamiento humano a través de los tiempos en dos grandes corrientes de especulación perfectamente diferenciadas: mentalidad geométrica y mentalidad metafísica. Aquélla, fascinada por la claridad y exactitud de la geometría, aspira a extender estas cualidades a todo el dominio del saber humano: en filosofía tratará igualmente de simplificar lo más posible las ricas estructuras del ser, de reducir, de nivelar todas las diferencias, considerando la realidad en bloques homogéneos de talla más o menos perfecta. La mentalidad metafísica, por el contrario, elevándose sobre todo lo extenso, fija la vista pura, exenta de toda imagen y fantasía, en las esencias de las cosas, penetra en ellas, descubre la articulación maravillosa de las múltiples perfecciones y excelencias que constituyen lo real. Ya desde los primeros tiempos de la filosofía griega, las dos mentalidades se enfrentan y suceden: en Parménides y Demócrito prevalece la mentalidad geométrica; en Platón y Aristóteles, la mentalidad metafísica. Pero donde la oposición entre ambas mentalidades se manifiesta de manera más radical es precisamente en el movimiento que Occam encarna: en el nominalismo. La esencia del nominalismo no puede definirse ni como una afirmación exagerada y exclusiva de la singularidad de todo ser, ni como una doctrina de la absoluta contingencia de las criaturas, ni como una gnoseología, que gravita fundamentalmente sobre el conocimiento intuitivo: todos estos son aspectos verdaderos, pero parciales, de aquel complejo fenómeno. El nominalismo, en sus tesis principales y en sus más remotas derivaciones, es fruto de un mismo y único espíritu, de

la mentalidad geométrica; de aquí nacen todas sus negaciones: la de los universales, la de la materia como principio de individuación, la de la distinción real de esencia y existencia, la del entendimiento agente y las especies...; de aquí, en fin, de la mentalidad geométrica, proceden en último término sus más ruinosas consecuencias: empirismo, fenomenismo, fideísmo.

Para que la valoración de la actitud occamista obtenga su pleno y más exacto sentido dentro de la historia de la filosofía medieval, el autor prepara su estudio con una exposición minuciosa de la gnoseología griega y de la escolástica precedente. Los presocráticos Sócrates y Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Duns Scoto y los autores más inmediatos a Occam, Enrique de Harclay, Aureolo y Durando, son objeto de particular y atento estudio. El autor se preocupa sobre todo de hacernos sentir en todo instante la radical oposición entre aquellas dos mentalidades. No hay que decir hacia dónde van sus predilecciones. La síntesis doctrinal del Doctor Angélico, cumbre soberana de la especulación escolástica, le ofrecerá en todo momento la norma segura para el fiel contraste de opiniones y sentencias. La elección nos parece indiscutible acierto, que compartimos plenamente. Claro es que en la síntesis tomista se incluyen puntos doctrinales de la mayor trascendencia, acerca de los cuales son bien notorias las divergencias entre las escuelas católicas. Por esto el punto de vista exclusivamente tomista, como norma de valoración histórica, nos parece expuesto a juicios que no todos reputarán inspirados por la más estricta imparcialidad y justicia. Al tratar de Aristóteles, el P. Giacon no parece dar la menor importancia a la ignorancia en que el Estagirita vivió acerca de la creación de la nada. De San Agustín leemos que «non provocò un notevole progresso in profondità e in chiarezza nel nocciolo sostanziale della gnoseologia e della metafisica platonico-aristotelica» (pág. 127); y ni una palabra más se nos dice sobre la filosofía del Santo Obispo y gran Doctor de Occidente. La exposición de la gnoseología y metafísica escotista adolece muy particularmente de esta estrechura y parcialidad de criterio. En la doctrina del Doctor Sutil se empeña el P. Giacon en descubrir por todas partes los lamentables efectos de una mentalidad geométrica (v. págs. 188, 196, 200...), con lo cual esta tipología de las dos mentalidades parece convertirse en cómodo criterio de clasificación de autores y sistemas, con grave perjuicio y desfavor bien notorio para el mérito y espíritu de verdad de aquellas maneras de pensar, que no se conforman con las de la propia escuela del Autor. Bien seguro estoy de que al Padre Giacon le anima el más excelente espíritu de rectitud y de equidad. Sólo me atrevo a advertir el peligro de ciertas clasificaciones y censuras en puntos de doctrina que, ciertamente, después del meritísimo trabajo del P. Giacon, quedan tan discutibles como antes.

En la exposición del pensamiento de Occam brillan de manera especial las excelentes dotes de expositor y crítico que adornan al Autor. La filosofía de Occam se nos presenta dividida en dos grandes secciones. En la primera se estudia exclusivamente la gnoseología, como parte más importante y original de esa filosofía; en la segunda se examina la ontología, cosmología y psicología del *Venerabilis Inceptor*. Imposible nos es seguir pasa a paso el estudio del P. Giacon, profundo y avalorado siempre con documentación abundante y escogida. Muy exacto nos parece el paralelo establecido por el autor entre el movimiento iniciado por Occam como reacción al exagerado abstractismo de su tiempo, con las ansias de concretez y realidad que hoy alientan por todas partes, como fórmula de salvación ante el abismo abierto por el idealismo de la pasada centuria. La reacción provocada por Occam está acertadamente analizada en los tres pun-

tos donde más característicamente se manifiesta: negación de toda distinción conceptual, teoría de la suposición del nombre y tesis de la intrínseca de la individuación. Pasa luego el P. Giacon al tema central de la crítica del realismo, y finalmente estudia la doctrina del conocimiento intuitivo, donde de nuevo nos sale al paso el paralelo con la moderna filosofía y, en verdad, con muy semejantes peligros de extravío y error.

Cierra la obra un interesante excursus histórico, que nos pone de manifiesto el funesto influjo del occamismo en el pensamiento moderno. Muy legítimas en su mayor parte nos parecen las afirmaciones y juicios que en esta conclusión el autor establece. Pero no podemos disimular nuestro disgusto al ver entre los autores aquí citados al Doctor Eximio, P. Francisco Suárez, y en serie nada menos que abre Lutero y continúan Telesio, Bruno, Campanella, Locke, Hobbes y demás grandes figuras de la filosofía moderna. Ya antes (página 276) insinuaba el P. Giacon que la filosofía española en su época de mayor esplendor dejóse contagiar no poco del nominalismo entonces de moda, y que Suárez «en especial «accettò non pochi punti di vista del nominalismo, e li trasmise alla successiva speculazione». Séanos permitido notar que hay muchas maneras de nominalismo, y si con alguno pudo condescender en algo la filosofía española del Renacimiento fué con un nominalismo mitigado muy remoto de las crudas e intolerables afirmaciones de Occam. De Domingo de Soto, no de Suárez, son las siguientes palabras: «Quocirca qui inter Nominales nati sumus, interque Reales nutriti, tentabimus pro captu nostro materiam tractare... Animadvertite quam sit minima differentia inter Reales et Nominales» (*In Porphyrii Isagogem, Aristotelis Categoriarum... Commentaria*, q. super Prol. [Venetiis, 1575], págs. 28-33). El P. Giacon se complace en mostrar las coincidencias entre Suárez y Occam; pero en esos puntos tanto derecho hay a decir que el jesuita español sigue a Occam como a una tradición escolástica digna de todo respeto. Giacon mismo nos dice que el nominalismo no es tanto un conjunto de tesis, cuanto una mentalidad, un espíritu: yo no dudo en afirmar que en espíritu y mentalidad entre Occam y Suárez la distancia es verdaderamente polar. El autor llega a decirnos que el concepto de acto puro no se encuentra en Suárez; y lo prueba con esta cita de las *Disp. Metaph.*, 30, 3, 2: «Nomine actus puri significatur res illa quae omni caret potentialitate; quae actus dicitur *quatenus* [subrayado por Giacon] includit esse quod est ultima vel potius prima actualitas rei.» «In questo senso—comenta—ogni ente esistente poteva dirsi atto puro» (pág. 683). Bien claro aparece del contexto que el «*quatenus*» afecta al acto puro solamente en cuánto acto; bastaba leer tres líneas más, inmediatamente a continuación del pasaje citado, para convencerse de que Suárez sabe perfectamente que acto puro no se puede decir de todo ser existente; porque añade: «Unde hic [actus purus] non dicitur actus [formalis vel actuans, sed in se actu existens; *purus autem dicitur*, tum ad excludendam potentiam objectivam... tum ad excludendam omnem potentiam passivam, veram et realem...» (Ed. Vivès, t. 26, pág. 72).

Con la misma sinceridad y nobleza con que creemos haber notado estas pequeñas máculas, felicitamos cordialmente al P. Giacon, S. J., por la presente obra, que esperamos ha de ir seguida por larga y nutrida serie de futuras publicaciones.

RAMÓN CEÑAL.



KARL VOSSLER. — *Filosofía del lenguaje. Ensayos.* — Traducción de A. A. y R. L. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, publicaciones de la «Revista de Filología Española». Madrid, 1941. 274 págs.

Reunidos bajo este mismo título, «Filosofía del lenguaje», reeditó Vossler en 1923 varios artículos publicados en las revistas *Logos* (de 1910 a 1919) y *Germanisch-romanische Monatsschrift* (1915) y en *Hauptprobleme der Soziologie. Erinnerungsgabe für Max Weber* (I, 1923). La presente traducción de Amado Alonso y Raimundo Lido reproduce con loable fidelidad el texto de la citada edición alemana. Los ensayos aquí presentados dan buena idea de las principales características de la filosofía del lenguaje del eminente filólogo. En el prólogo de la edición de 1923, escribía Vossler: «Entiendo por [filosofía del lenguaje] una discusión fundamental de las relaciones en que el lenguaje está, se desarrolla y se mantiene frente a la acción y la pasión de la humanidad, a su actuar y sentir religioso, lógico, económico, nacional, jurídico, moral, artístico, etc.» Como se ve, la filosofía del lenguaje de Vossler pretende recoger la múltiple variedad de facetas y reflejos que el lenguaje del hombre puede ofrecer en el seno de la vida.

De las materias tratadas en los presentes ensayos podrán dar alguna idea sus respectivos títulos: Gramática e Historia lingüística; Historia de la lengua e historia de la literatura; Historia cultural e historia; El sistema de la Gramática; La vida y el lenguaje (análisis de *Le langage et la vie*, de Ch. Bally); Formas gramaticales y psicológicas del lenguaje; El individuo y la lengua; Los límites de la sociología lingüística. La espléndida riqueza de este contenido es bien patente. La exquisita sensibilidad del autor brilla en cada página con luces siempre nuevas.

RAMÓN CEÑAL.

CASCÓN, MIGUEL, S. I.—*Los jesuitas en Menéndez Pelayo.*—Prólogo de Enrique Sánchez Reyes, director de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Librería Santarén, Valladolid, 1940, 614 págs.

«Intenta reflejar fielmente este libro la idea que tenía de la Compañía de Jesús y de muchos escritores jesuitas el más grande y autorizado de los críticos españoles, D. Marcelino Menéndez y Pelayo» (Indicaciones preliminares). D. Marcelino habló infinitas veces de los jesuitas, y no siempre de pasada, sino morosa y amorosamente, en casi todos sus libros. Aquel genial historiador e intérprete de nuestra cultura no podía menos de tropezar a cada paso, en sus búsquedas eruditas y en sus maravillosas síntesis, con los hijos de San Ignacio. Y miránderlos como gloria inmarcesible de España y como uno de los más típicos exponentes de la cultura hispánica, les dedicó largas páginas, páginas inmortales, como todas las suyas, hechas para ser esculpidas con caracteres de oro en mármoles o en bronce.

El P. Cascón, peritísimo conocedor de la obra del Maestro y severamente formado en la técnica bibliográfica, tomó sobre sí el trabajo de recogerlas en voluminosa antología. Para eso releó atentamente todos los escritos del gran polígrafo, y no solamente los libros, sino los artículos de revistas y periódicos, la correspondencia epistolar y las papeles manuscritos. Los sistematizó y los dotó de buenos índices. El resultado fué este libro, que puede considerarse como una Historia de la Cultura jesuita española. Véanse algunos epígrafes generales: «Contrarreforma», «Escolasticismo», «Humanis-

mo», «Ascética y Mística», «Historiografía», «La obra jesuítica en América», «Labor cultural setecentista», etc. Menéndez y Pelayo conoció a la Compañía de Jesús casi exclusivamente bajo el aspecto literario y científico; de ahí el aspecto unilateral de esta historia. Y como sólo trató de aquellos jesuitas que le salían al paso, sin entender nunca una historia sistemática de ellos, nada tiene de extraño que falten nombres muy ilustres y que de otros no ilumine más que una faceta.

Avaloran este libro algunos autógrafos del sapientísimo D. Marcelino, y sobre todo un *Nomenclátor bibliográfico* de más de mil autores jesuitas, cuyos datos están sacados de las obras de Menéndez Pelayo que se citan; obra utilísima y meritoria del P. Cascón, que consultarán con provecho los eruditos.

R. G.-V.

GONZÁLEZ CAMINERO, NEMESIO, S. I.—*La Universidad de Comillas, 1892-1942.*—Aldus, S. A., Santander. Comillas, 1942. 190 págs.

Este año de 1942 el Seminario-Universidad de Comillas está de fiesta, porque cumple los cincuenta años de su fecunda y gloriosísima existencia. Hacia falta, para conmemorar tan fausta fecha, una semblanza histórica que, sin ser muy documentada y extensa, fuese de información precisa, completa en lo posible, y de agradable lectura.

La joven y prometedor pluma del P. N. González Caminero ha realizado este cometido a las mil maravillas. Las egregias figuras de los fundadores—P. Tomás Gómez y el primer marqués de Comillas—son de un maestro en el arte de escribir y de pintar caracteres. Todos los Rectores y maestros, y los más eminentes alumnos que han pasado por aquella institución, se ven desfilar con sus rasgos característicos.

Hasta el paisaje y la marina que envuelven con su espléndida belleza verdeazul los tonos rojizos y grises del Seminario, están sentidos artísticamente y enmarcan la narración, realizando la calidad literaria de este libro. El cual, por encima de todo, aspirará a ser una historia. Y una historia de hondura, no de mera superficie.

Por eso el autor, con innegable talento, selecciona los hechos más significativos de la bullente vida escolar, religiosa, científica, literaria y artística del Seminario y de la Universidad, explica la génesis de los acontecimientos, penetra y ahonda en sus causas y proyecta ese fenómeno pedagógico y cultural de Comillas en el ambiente de la cultura española y aun de la europea. De ahí su principal valor.

La importancia que yo atribuyo a este libro en la Historia de la Pedagogía no le viene tanto de la sección última, universitaria, pues en esto Comillas es una de tantas copias de la Gregoriana, cuanto de los otros capítulos anteriores, que describen el Seminario como un plantel escolar, típicamente clásico y escolástico, según el *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús.

Una minucia que corregir: el P. Juan Loínaz no publicó su *Theodicea* siendo profesor en Roma, sino cuando enseñaba en Oña. Los elogios repartidos profusamente a profesores y alumnos no sé si contentarán a todos.

En resumidas cuentas: Mucho oro y bastante incienso—bien merecido, por supuesto—se encierra en este cofre primorosamente labrado, que «es a la vez recuerdo de bodas y un programa de información». Selectas fotografías—entre otras las de los Obispos comillenses—hermosean este pulcro volumen.

R. G.-V.

IGNACIO CASANOVAS, S. I.—*Balmes: su vida, sus obras y su tiempo.*— 2 tomos en 8.º, de XII + 348 y 411 págs. Volúmenes XV y XVI de las *Obras del P. Casanovas*. Barcelona, Balmesiana, 1942.

No se trata de una obra nueva para los lectores de ESTUDIOS ECLESIASTICOS. En el último número de su primera etapa pretélica daba acogida esta Revista a un extenso artículo del P. Miguel Florí —*Un nuevo impulso a los estudios balmesianos*—, en el que señalaba con su tino crítico todo lo que suponía de erudición y de doctrina balmesianas la obra monumental del P. Ignacio Casanovas: *Balmes: la seva vida, el seu temps, les seves obres*—tres tomos de 800 páginas cada uno.

Los dos tomitos en 8.º que hoy presentamos son una traducción compendiosa de aquella básica biografía balmesiana, que domina, y seguirá dominando, señera, en el inmenso mar bibliográfico sobre el pensador de Vich. El criterio seguido por el mismo P. Florí en la selección de las páginas del texto original, nos lo sintetiza así en el prólogo: «frecherà «la narración entera de los hechos externos de la vida de Balmes—lo que en el original va impreso en tipo mayor—y sólo un resumen de lo restante». Tal resumen, con todo, permite a esta versión conservar con justicia el subtítulo: *Su vida, sus obras y su tiempo*. A los escritos balmesianos y al mismo marco ambiental se les concede toda la extensión que requiere una biografía completa de un escritor como Balmes, que tanta parte tuvo en la vida cultural y política de España en la primera mitad del siglo pasado.

Esos dos volúmenes son los tomos XV y XVI de una serie castellana de *Obras del P. Casanovas*, que hoy inicia la Biblioteca Balmes, o Fundación Balmesiana, de Barcelona: en diecisiete tomos abarcará los más importantes escritos históricos, ascéticos y apologeticos de su fundador, caído mártir de Cristo en septiembre del 36.

M. B.

JUAN JOSÉ, FR., O. C. D.—*El último grado del amor.*—Ensayo sobre la llama de amor viva de San Juan de la Cruz; 8.º, 240 págs. Santiago de Chile, 1941.

Esta obra del carmelita español Fr. Juan José de la Inmaculada Concepción enfoca la luz de la investigación sobre las más altas cumbres de la unión transformante, tales como se vislumbran a través de las cuatro maravillosas estrofas de la «Llama de Amor viva» del Doctor de Hontiveros. «Compuestas en la oración, y en la oración subida del Santo, nos dice el autor en el prólogo, nada de extraño que abunden en expresiones oscuras... Ingéniase el autor místico por decir lo que siente; pero no halla palabras para vaciar sus experiencias, sus aflicciones y su fruición... San Juan de la Cruz habla en esta poesía de las «lámparas de fuego, de los resplandores de Dios, de toques en la sustancia del espíritu, del centro del alma... arcana verba, lenguaje más angélico que humano...» En torno a estas místicas estrofas desarrolla el autor, con precisión teológica y fervor extático, enjundiosos conceptos sobre la caridad, reina de las virtudes, sobre la inhabitación, la contemplación infusa, la unión transformante, recogiendo, para concluir, las irradiaciones de esta vida ideal hacia una aplicación práctica: el incremento de la vida interior en el varón apostólico.

En el estudio de cada uno de estos puntos pasa revista nuestro autor a las enseñanzas de la Teología escolástica, bebida sobre todo en Santo Tomás, y dejando sobre el tapete los puntos discutidos, re-

sume en breves rasgos las más importantes de las conclusiones especulativas; a continuación desarrolla el comentario místico de la estrofa, acoplado, en precioso florilegio, pasajes semejantes de las obras del mismo San Juan y de Santa Teresa, que nos hacen la impresión de un completo tratadito de mística carmelitana... Las doctrinas de Santo Tomás y de San Bernardo completan y perfilan los detalles de este hermoso cuadro. Dentro de la belleza y profundidad de la obra, ensayo la llama el autor, echamos de menos tal vez una mayor amplitud en las fuentes consultadas, sobre todo respecto a los autores modernos; por eso tal vez se le ve al autor inclinarse con demasiada reverencia ante los pareceres de la escuela dominicana de oración, que polarizan las ideas del ensayo, aun a riesgo de orillar las mismas intuiciones místicas del Doctor de Hontiveros.

Por lo demás, creemos que es ésta una obra de verdadera utilidad, tanto para los directores de almas como para las almas que aspiran a la perfección; ni juzgamos que sea inútil su lectura para tantas personas enfrascadas en los negocios temporales, pues, como dice el autor, podrían caer en la cuenta de «que en la vida piadosa se gozà la verdadera felicidad, que sacia y tranquiliza, sin los nervosismos y la fiebre del deleite carnal» (pág. 235).

La sublimidad de asunto del libro queda realizada por un bello estilo, que delata al poeta y literato de ágil pluma y educada sensibilidad artística; tal vez la poca estima que a través del libro demuestra por la «infrarracional» poesía ha disciplinado en exceso un sentido estético que puede serle de mucho valor para producciones ulteriores.

No nos queda sino felicitar al autor del libro, profesor del Seminario Carmelitano de Santiago de Chile, y prometermos nuevas obras suyas, de alta ciencia religiosa.

C. L.

- P. JOSÉ M. BOVER, S. I.—*Las Epístolas de San Pablo*.—Texto de la Vulgata latina cotejado con el griego, y versión del texto original acompañada de comentario; 2 tomos (XXIV-800), 8.º, 1940. Editorial Balmes; Durán y Bas, 11, Barcelona.

El R. P. Bover, uno de los cultivadores más activos de las Sagradas Letras en nuestra patria, y miembro en la actualidad de la Comisión Bíblica Pontificia, nos presenta en estos dos volúmenes uno de los trabajos de mérito más relevante de cuantos han salido hasta ahora de su fecunda pluma.

Radica el valor principal de esta obra en la versión al castellano del texto original griego de todas las Epístolas de San Pablo: versión inteligente y fiel, como debida a la reflexiva labor de un exégeta y de un filólogo de probada competencia. Sin menoscabo de su carácter técnico y científico, se acomoda la traducción, por su claridad, fluidez y castizo decir, a todo lector culto en estudios religiosos.

A la versión, núcleo áureo de la obra, acompañan diferentes labores que la realzan y hermocean. Cuales son, selectas y precisas introducciones, así a todas las Epístolas como a cada una en particular; hábil y artística exposición del argumento, distribuida artísticamente por los epígrafes de las divisiones en partes, secciones y párrafos, y un tesoro de notas explicativas y jugosas, que por su misma bondad dejan la nostalgia de verlas más acrecentadas.

Frente al texto paulino en castellano, aparece en la página opuesta el latino de la Vulgata, ilustrado con un trabajo personal de alto valor crítico en medio de su aparente sencillez. Las divergencias, aun

en matices delicados, de la Vulgata respecto del original griego, se presentan anotadas con nitidez y exactitud; de modo que el lector estudioso no iniciado en la lengua helénica puede mediante estas notas encontrar un excelente subsidio para penetrar mejor el pensamiento del Apóstol de las Gentes.

El luminoso y estético índice de las materias tratadas en las notas patentiza el riquísimo caudal de pensamientos de San Pablo, y, por último, bajo el título de «Apéndice teológico», se nos ofrecen los principales textos dogmáticos del Apóstol, ordenados sistemáticamente y trazando el bello esquema de una teología paulina, en la que el P. Bover «viene trabajando desde hace veinticinco años» (pág. XIV).

Huelga añadir recomendación a esta obra, cuyos extensos y duraderos frutos anhelamos y auguramos.

SANDALIO DIEGO

FR. JUSTO PÉREZ DE URBEL.—*Vida de Cristo*.—18 × 15 cms., 578 páginas. Ediciones FAX. Apartado 8.001. Madrid. Ptas. 14

Esta nueva *Vida de Cristo*, con que nos regala la fecunda pluma del P. Pérez de Urbel, está escrita «para la generación que en España ha hecho la guerra más heroica de todos los tiempos, y que después de haber liberado la patria tiene el compromiso de renovarla y engrandecerla». Y como los hombres empeñados en esta gran tarea de «renovarse a sí mismos y renovar a los demás» no tienen tiempo de entregarse al estudio de «oscuras disquisiciones, gratas únicamente a los especialistas», el P. Urbel se ha tomado el trabajo de leer atentamente las mejores vidas de Cristo escritas modernamente, para entresacar de ellas «lo mejor de sus observaciones, de sus discusiones y de sus investigaciones», recogiendo «el fruto más sazonado de su erudición, sin que se advierta su peso». (Pról., págs. 13 y 14.)

En efecto, en las páginas de este libro, escrito con ese «estilo fácil y sueño que caracteriza a las obras del P. Urbel, se van entretejiendo e ilustrando las narraciones evangélicas con las noticias arqueológicas, geográficas e históricas más llamativas, que pueden verse en Prat, Willam y Lagrange. De esta manera, al interés de los relatos canónicos se añade el de la erudición sobria, despojada de todo aparato científico, con lo que el lector puede tomar más fácilmente gusto al estudio y meditación de los Evangelios.

En el prólogo hace el autor someras indicaciones sobre el carácter literario de cada uno de los cuatro Evangelios. Divide después toda la vida de Cristo en dos partes generales; la primera, hasta la fiesta de los tabernáculos, descrita por San Juan en el capítulo VII, y que se caracteriza, según Urbel, por el ministerio galilaico del Señor; y la segunda, hasta la ascensión, en la que predomina la predicación por tierras de Samaria, Judea y Perea. El orden cronológico de los hechos particulares es substancialmente el que propone Prat en su magnífica obra «*Jésus Christ. Sa vie, sa doctrine, son oeuvre*». Con lo cual dicho se está que el P. Urbel reduce también la vida pública de Cristo a dos años, para lo que adopta en la práctica, aunque no lo afirme explícitamente, el procedimiento de anteponer el capítulo sexto de San Juan, donde se describe la primera multiplicación de los panes y el discurso eucarístico, al capítulo quinto, donde nos cuenta el evangelista la curación del paralítico en la piscina de Betsaida (esta lectura, menos probable, sigue el P. Urbel).

Supone el P. Urbel que la fiesta del capítulo V de San Juan es la de la pascua o la de los tabernáculos. De todos modos, la pascua a la que San Juan alude en 6, 4, es, según él, la segunda de la vida públi-

cá (p. 244), y consiguientemente la misma del capítulo V, en la hipótesis de que aquella fiesta sea la de la pascua.

Confieso que nunca me ha satisfecho esta teoría que reduce a dos años el ministerio público de Cristo, y menos aún el expediente, a mi juicio bastante arbitrario, de que se valen los autores que cambian el orden de los capítulos V y VI de San Juan. No sé si el P. Urbel ha tenido en cuenta el estudio completo que sobre la cuestión hace el P. Holzmeister en su reciente obra «Chronologia Vitae Christi» (pp. III-153), donde podría ver las dificultades que ofrece dicha teoría y la lista de autores modernos que se han declarado en contra de ella (p. 133).

También se ve el influjo, que no todos juzgarán benéfico, de ciertos autores, en la manera como describe el hecho prodigioso de la piscina del capítulo V de San Juan. «El pueblo—dice—veneraba aquella piscina, cuyas aguas se agitaban periódicamente por una virtud sobrenatural, según la creencia común, que ponía en aquel fenómeno infalibles virtudes curativas. Decíase que un ángel removía el agua, y que el primer enfermo que entraba en ella después de esta ebullición quedaba curado de su dolencia.» (El subrayado es nuestro.) Nada indica el autor inspirado (supongo que el P. Urbel admite, por lo menos, la canonicidad del v. 4) de semejante opinión del pueblo, sino que es él mismo quien afirma que un ángel del Señor bajaba en determinados tiempos a la piscina y removía el agua. La explicación del P. Urbel, y de los autores a quienes sigue, tiende a eliminar de este lugar el milagro por parecerles en extremo portentoso, y supone una especie de cita o alusión implícita del autor sagrado a la opinión popular, sin hacerla suya, lo cual no puede admitirse sin pruebas sólidas y positivas.

Es verdad que la intención del autor no es tratar estas cuestiones; pero ya que las supone y parece darlas por definitivamente resueltas, veríamos con agrado indicadas las razones que le mueven a seguir ciertas soluciones, sobre todo cuando son nuevas y menos conformes con la tradición, y estaría bien advertir al lector del grado de probabilidad que se les puede conceder.

Todo lo dicho no quita que en conjunto la obra sea digna de encomio y recomendación, y sinceramente creemos que está llamada a hacer mucho bien en las almas. Dados los problemas graves y difíciles que ofrece el estudio de los Evangelios, nada de extraño tiene que el libro del P. Urbel sea susceptible de mejoras en algunos detalles; unos, pequeños, que pasarán inadvertidos a la mayoría de los lectores; otros, como los indicados, de más bulto, que pueden engendrar alguna confusión en quien tenga ya algún conocimiento de los Evangelios, y que merecen un estudio más detenido.

SEVERIANO DEL PÁRAMO